



DOX JULIO DE URQUIJO

BOLETIN

DE LA

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

AÑO XXIX.- TOMO XXX. - SEPTIEMBRE.- DICIEMBRE. 1950.- CUAD. CXXXI

Don Julio de Urquijo

Nuestro compañero D. Julio de Urquijo ha muerto.

Apenas le hemos tratado varios de nosotros y de este leve trato ha quedado un recuerdo duradero de su personalidad bien caracterizada y atrayente.

Su adscripción inicial a la Sección vasca y las posteriores reformas orgánicas hicieron que participara parcamente en las labores primordiales de la Academia, y su salud precaria ha hecho luego que haya sido infrecuente su presencia.

Figura prócer de linaje, de inteligencia y de acción, ha dejado a su país un ejemplo imborrable de la más constante y generosa laboriosidad.

Desde su niñez hasta su muerte, entre inquietudes políticas y ocupaciones cortesanas, en su país y en países extraños en la corte de Don Carlos, como gentil-hombre y secretario suyo, un afán destacó y dominó todos sus afanes y es el del esclarecimiento de la historia de Vasconia y del vascuence.

Criado con sus hermanos en las opulencias de La Cava de Deusto, los tres hermanos Urquijo buscaron más los valores del espíritu: su hermana como Superiora General de la Orden de los Angeles Custodios,

dirigiendo su obra en la magnífica residencia de don Julio, de San Juan de Luz; y D. Julio creando en su casa y biblioteca de San Sebastián el centro de las investigaciones vascas.

En un ambiente de valor reverencial de la riqueza, Urquijo consagraba principalmente su patrimonio a formar su biblioteca y a sufragar los gastos de reimpresiones y los de su amada Revista.

En un ambiente de intransigencia y estrechez regional, Urquijo era el hombre comprensivo, que ha visto en sus viajes y relaciones las realidades del mundo.

De xenófilo le tildaban algunos coterráneos por el solo hecho de sentir ellos una xenofobia infundada, como si pudieran aventajar a Urquijo en el amor de su tierra y de su lengua, y como si la xenofilia del patrio guipuzcoano fuera otra cosa que la experiencia vital de convivencia y la obligada comprensión del que ha vivido en el mundo.

Su amor al vascuence le llevó a todas las solicitudes de colaboración. Uno de los invitados lo fué Marr, director del Instituto de Estudios Jaféticos de Leningrado, que expuso en varios artículos de la Revista de Urquijo las relaciones vasco-caucásicas, y a quien invitó y avaló, a pesar de su contraposición política, para que pudiera estudiar en una breve estancia en el país vasco el vascuence oral.

En un ambiente de intransigencia lingüística, Urquijo era un vasco a quien le interesaba la verdad del vascuence más que los panegíricos ciegos de los vascológicos regionales. Él quiso que su *Revista* se llamase *Internacional*, porque quería dejar sus puertas abiertas a las opiniones encontradas de todos los vascófilos del mundo.

Ya en su vida escolar de Deusto se inicia su vocación lingüística por raros caminos. La invención de Schleyer le llega allí como una aspiración impresionante, y el joven escolar Julio de Urquijo no sólo aprende ávidamente el volapuk, sino que escribe y pu-

blica un folleto explicativo y doctrinal de esta lengua, que ingenuamente se creía viable como idioma universal.

Un hombre de tan clara intuición como Julio Urquijo comprendió pronto la inanidad científica del intento, y dirigió su vocación por mejores vías.

A los diecisiete años de edad el futuro bibliófilo y Mecenaz de la lingüística adquiría para poner a disposición de su profesor el P. Cejador las obras capitales de la Filología comparada: el *Catálogo de las Lenguas*, de Hervás, y la gran *Gramática*, de Bopp.

En el candente ambiente vasco, y animado por la desorbitada valoración del vascuence que hacía su maestro Cejador, Urquijo polarizó para siempre su atención en el estudio de esta lengua misteriosa. Su vida entera la consagró a reunir libros relacionados con el vascuence, a fomentar los estudios de este idioma y a interesarse por cuanto pudiera tender a desentrañar el magno problema que esta lengua implica.

Y aquí sorprende la rara postura de Urquijo en la investigación del vascuence. Iniciado por Cejador en las doctrinas de Astarloa sobre el vascuence como origen de otros idiomas, Urquijo empieza a sentir la estrechez de este criterio, mereciendo que Cejador en sus *Memorias* le llame “mal discípulo y desagradecido”, porque mantiene su curiosidad abierta a las investigaciones de los vascófilos extranjeros; y es que Urquijo era un genuino humanista del vascuence por su curiosidad exquisita y por su espíritu comprensivo. Decíale en una de sus cartas Schuchardt que “había nacido filólogo”, y, en efecto, mostró una ingénita aptitud que las circunstancias de su vida social y política le impidieron convertir en dedicación profesional, pero que le dió una clarividencia de juicio que otros con más bagaje lingüístico no tuvieron.

Entre vascólogos regionales, que explicaban el castellano por el vascuence y rechazaban los antecedentes aun de las lenguas más antiguas, sólo un hom-

bre comprensivo como Urquijo era capaz de confesar que el apellido *Urquijo* no es de procedencia vasca.

Frente a la expeditiva facilidad con que los vascólogos regionales proclamaban la inmutabilidad del vascuence, Urquijo aducía la excisión de sus ocho dialectos, la comprobación histórica de varios cambios y la condición intrínseca de toda la lengua, que es evolución.

Urquijo, con su frío juicio, ha sido el gran moderador de la exaltación del tipismo vasco. Los nacionales por creer mérito sublime la inextricable complicación de su idioma, y los vascófilos extranjeros por sentir la dificultad inmensa de comprenderlo y por la predisposición general de todo extraño a apreciar más lo pintoresco y diferencial de un pueblo, ponderaron la complicación y se recrearon en ella. Los regionales veían maravillas de inteligencia en los que pudieron organizar una lengua semejante, y los extranjeros entusiastas y los técnicos vascos ponían en parangón las complejidades de la declinación y de la conjugación vascuence con las de los idiomas más complicados. Si las gramáticas del finés o del húngaro señalaban tantos casos de la declinación, el vascuence los vencía a todos. Si la conjugación de las lenguas americanas señalaba morfemas de relaciones desconocidos en las indoeuropeas, el vascuence mostraba primores semejantes.

Urquijo, siguiendo la moderación de Schuchardt, no entraba en los ditirambos de la complicación de la estructura del vasco. El vascuence tiene los mismos elementos que otros muchos idiomas europeos, y la diferencia es de sola cantidad. Un órgano atrofiado en un idioma se hipertrofia en otros. El latín era como el vascuence, de preposiciones pospositivas, hasta que un día desarrolló su afición prepositiva. Al latín le quedaron *nobiscum* y *semper* y unos pocos, y el vasco siguió con las partículas pospuestas.

Si el rumano, que dice *finea* 'el fin', con el artículo *a* pospuesto, como el vascuence *gurutzea* 'la cruz', llega a posponer las preposiciones, hubiera dado una impresión de semejanza con el vascuence.

Urquijo no se escandalizaba de encontrar en el vascuence erderismos, que otros repelían como contaminación de peste y rechazaban con celo frenético de los diccionarios y de los textos. En el vascuence, según Urquijo, debía analizarse su composición, aunque resultase del análisis que la mayor parte de su léxico eran erderismos. A la idea preconcebida por una pasión, externa a la lingüística, Urquijo antepone la pasión de la verdad.

Al vascuence, decía Urquijo en su trabajo *Lengua Internacional y Lenguas Nacionales*, no le quedaba al contacto de la gran cultura romana más que aceptarla en su mayoría con la mayoría de la lengua romana. "No hemos de echar en cara, dice Urquijo, a nuestros antepasados su latinización, pues ni la ignorancia ni la rudeza de los tiempos permitían otra solución más halagüeña."

Evidentemente por la cultura eminentemente pastoral del vasco primitivo, el precioso tesoro patrimonial tenía que ser reducido, y este tesoro, útil para el lingüista que busque los orígenes del idioma, como lo es una pequeña colección de fósiles para el naturalista que reconstituya la vida de la fauna primitiva, no era para la vida y conservación del vascuence más que un elemento secundario, comparado con la virtud esencial de esta lengua, que es su fecunda vitalidad.

Frente a las hablas románicas, que mantienen su herencia y aceptan pasivamente los préstamos lingüísticos, con débil capacidad de multiplicación léxica, el vascuence, decía yo, "Es la lengua viva por excelencia", la lengua que mejor capta las voces, que, como las hablas ocultistas, las enmascara hasta hacerlas instantáneamente incognoscibles, y las combina y las multiplica en una asombrosa reproducción.

Un solo término románico o una simple onomatopeya le bastan al hablante o al escritor vasco para crear una familia de palabras.

La vitalidad transformadora y germinativa era a mi juicio la gran razón de la supervivencia del vascuence. El aislamiento de la vida en las dos vertientes de los Pirineos pudo influir en abstraer la lengua a ciertos cambios; pero la inevitable invasión románica le hubiera hecho sucumbir si el vascuence no hubiera conservado era gran virtud de vasquizar, según sus moldes tradicionales, la masa verbal extraña que penetraba hasta sus últimos rincones.

Urquijo aceptaba esta interpretación en su discurso, y añadía: "Lejos de constituir un defecto, como algunos de mis paisanos supusieron, este carácter saliente de involución y de amoldación aumenta a mi juicio el valor del vascuence y acrece el interés por su estudio."

La cautela de Urquijo se ve en sus resistencias a adscribirse a un sistema genealógico del vascuence. Fuera de su incredulidad decidida hacia las rotundas doctrinas de los aficionados indígenas, Urquijo seguía con abierto interés las tesis encontradas de las genealogías uralo-altaicas y africanas que sostenían los filólogos. Se descubre en él una preferencia reverencial por Schuchardt y su doctrina Hamítica, pero él comprende lo prematuro de la decisión y espera los nuevos testimonios que aporte la lingüística y la etnología.

Uno de los afanes primordiales de la vida de Urquijo fué, como hemos dicho, la formación de su biblioteca. Afán fué el suyo de bibliófilo superior, no del que busca sólo la rareza o el valor del libro, sino el que lo busca además por su utilidad científica. Urquijo escudriñaba el paradero de cada libro, como el montero el escondite de cada pieza, y lo perseguía sin descanso hasta traerlo de trofeo a su biblioteca. Pocos pueblos asequibles de las Vascongadas hay que

D. Julio no recorriera en su coche en busca de libros de vascuence.

Los libros raros del *Essai d'une bibliographie de la langue basque*, de Vinson, unos por salto inesperado y otros por una busca incansable, iban cayendo en su poder. El hallazgo de libros y cuadernos referentes al vascuence era para él una de sus más puras alegrías. De su pasión cuenta Ciriquiain en su *Homenaje*, que en los viajes electorales que hacía por su distrito, más que el voto interesaba de los electores que le diesen noticia de quienes tuviesen en sus casas o desvanes libros o pergaminos en vascuence; y refiere que en una gestión de conciliación entre dos políticos carlistas, que le encomendaron, delegó en su cuñado para que la iniciara, y, cuando éste terminó, vió que D. Julio se había dedicado mientras a buscar libros viejos, y estaba ya en el coche recreándose con un lote de libros de trece devocionarios vascongados.

Enterado un día de que de la *Imitación de Cristo*, en vascuence, de Arambillaga, tenía un ejemplar un casero de Bermeo, fué a su busca, y se encontró con que el casero se negaba a venderlo a ningún precio, "pues si él tenía deseos de poseer el libro, también él tenía deseos de poseer un anteojo marino como el de un marino mercante conocido, que no quería vendérselo". D. Julio gestionó que el marino le trajera de Inglaterra un anteojo igual, y con él fué a hacer la permuta del libro deseado con el casero hermeano.

El libro que persiguió y no halló es el de Dechepare, *Linguae Vasconum Primitiae*, de 1545, que tantas veces vió en la Biblioteca Nacional de París y que buscaba esperanzado por saber que en 1625 Isasti había visto un ejemplar. Sólo cuando perdió toda esperanza se dedicó, en 1936, a publicar la edición facsímil del Dechepare parisino.

En su afán de poseer y divulgar obras no publi-

cadras o raras imprimió las de Etcheberry, las de Axular, Tartas y Conde de Peñafiorida, los Refranes y Sentencias de 1596 y un Catecismo Vascongado de 1759.

Fruto de los esfuerzos continuos y de la abundancia de recursos es la rica producción de Urquijo, que alcanza el número de doscientos trabajos: unos, sobre bibliografía e historia de los trabajos sobre el vascuence; otros, sobre el propio idioma; otros, sobre los refranes y curiosidades folklóricas. La recolección y estudio del refranero vasco ha sido uno de sus afanes predilectos, reuniendo un caudal considerable e intentando el estudio comparativo con el refranero español y el francés.

No citamos ningún título porque los doscientos están recogidos en la bibliografía publicada en su *Homenaje*.

Junto a sus trabajos, y como uno de los más destacados, hay que señalar la obra definitiva de su vida: la *Revista Internacional de Estudios Vascos*, que empezó a publicar en 1907, de la que fué en sus comienzos iniciador, director, administrador y corrector de pruebas. En ella Urquijo logró la colaboración de los filólogos más eminentes y ella ha sido el palenque de las mejores investigaciones sobre el vascuence.

Como prueba de su desinteresado entusiasmo por el vascuence está su conducta en sus relaciones con los vascólogos de su país y de todo el mundo. Su casa de San Sebastián era, como dice Ciriquiain, el *Sanc-tasanctorum* de la tradición vasca y Urquijo su sumo sacerdote. En ella recibía y ayudaba a cuantos llegaban por un afán de curiosidad científica, y desde ella se relacionaba con todos los vascólogos de más renombre.

Uno de los epistolarios que con más amor guardaba era el del genial profesor de Gratz, el incomparable Schuchardt.

No sé lo que será de la biblioteca de Urquijo; pero el espíritu que la animaba, y hacía de ella el centro de atracción de la curiosidad de tantos eruditos, se ha ido para siempre.

Hace ahora veintiún años me tocó dar la bienvenida a esta casa a D. Julio Urquijo en un saludo de esperanzas, y hoy me ha tocado darle, en nombre de la Corporación, la última despedida.

El que tantas ansias sintió para esclarecer las verdades ha llegado ya al mundo de la verdad.

La Academia Española ha perdido con la muerte de Urquijo un miembro ilustre y un compañero amable; pero la ciencia española ha perdido al benodado capitán que más se había esforzado en el esclarecimiento del vascuence, y el vasquismo universal ha perdido uno de sus más ilustres mantenedores.

Esta baja sin sustitución acaso traiga el desmayo de la empresa y acaso ponga en peligro la victoria final, cuando tantos afanes se habían puesto en el asedio de la verdad del vascuence.

Que Dios haya acogido al gran creyente y al gran caballero que fué D. Julio de Urquijo e Ibarra.

VICENTE GARCÍA DE DIEGO.